

Totalitarismo y televisión

El pasado viernes, el portavoz del Gobierno, señor Sotillos, flanqueó al inefable Calviño en sus ataques a los que quieren libertad de televisión. Aquí se recogen y comentan algunos argumentos y frases, típicamente totalitarios, exhibidos por ambos para justificar su monopolio de la pequeña pantalla.

El debate público mantenido en el programa «La Clave» sobre «Lo de la tele», es decir, el monopolio estatal controlado por el partido en el poder y el empeño de varias empresas, entre las que figuran las principales de la Prensa y radio españolas, de poder competir con ese monopolio mediante el establecimiento de cadenas privadas de TV, constituyó una de las manifestaciones más preocupantes de recelo o resuelta obstrucción a la libertades de empresa y expresión que ha exhibido el PSOE desde su llegada al Gobierno.

En efecto, tanto el director general de RTVE, José María Calviño, como Eduardo Sotillos, portavoz del Gobierno, insistieron en los puntos básicos del «No» del Gobierno a establecer las normas legales que posibiliten la libre emisión de televisión. En síntesis, su análisis de la situación podría resumirse en cuatro puntos.

La negación

1. La Prensa critica mucho a TVE. Pero no es justificado tanto interés, salvo por el empeño de las empresas periodísticas en conseguir canales propios de TVE. Las críticas están, pues, mediatizadas y hasta bastardeadas por ese interés empresarial.

2. La legalización de la televisión privada supondría un aumento del poder de las empresas de medios de comunicación existentes y la creación de otras. Estas empresas, por su carácter privado y comercial, no pueden servir con dignidad, solvencia y altura cultural suficiente al ciudadano español. El monopolio garantiza mucho mejor estos extremos. De la pureza de sus intenciones da prueba el que no persiga beneficios



Sotillos: la televisión, sólo para el PSOE.

comerciales, aunque, como en el caso de la publicidad, se vea obligado a aceptarlos.

3. La instalación de televisión privada favorecería la renta per cápita informativa de los grandes núcleos de población sobre los pequeños, que, aunque aumentasen, siempre estarían en desventaja. Para favorecer la igualdad de los españoles es conveniente evitar ese beneficio esencialmente urbano y concentrarse en aumentar a tres los canales del monopolio.

4. Las nuevas técnicas de televisión por satélite o por cable, que llegarán a España en un plazo máximo de cinco años (fecha en que el satélite franco-alemán emitirá en español para todo el territorio nacional), aún no están absolutamente perfiladas. El Gobierno tiene asuntos más graves que atender, por ejemplo el problema del paro, antes de ocuparse de estos problemas de televisión, en buena parte artificiales y fomentados por el ánimo de lucro o de influencia política.

Puede parecer asombroso que en 1983 todavía queden socialistas arcaicos

que prefieren repartir la pobreza —en este caso informativa y cultural— antes que crear —o permitir crear— riqueza. Puede resultar chocante que un Gobierno que busca incrementar la inversión privada como forma básica de crear empleo en un sistema democrático occidental pueda sentir tal aversión por la búsqueda de beneficios de cualquier ciudadano que ofrece un servicio público dentro de la ley.

Pues bien: asombrosas, chocantes, irritantes, ésas son las polvorientas razones, los pobres argumentos y las peligrosas supersticiones que anidan en los responsables gubernamentales acerca de «lo de la tele».

Es posible que el señor Sotillos, cuyo tosco marxismo elemental le lleva a distinguir radicalmente entre las libertades «formales» y «reales» de los españoles, pueda decirnos en qué favorece a sus amados jornaleros en paro, que ocupan tierras por la mañana y escuchan a José María García por la noche, el no poder verlo por televisión.

Hay que suponer que su amor a los parados no le mueva a conservarlos en número como quiere conservarlos en la frugalidad informativa. Porque el Gobierno parece entender que la televisión es un lujo —se comparó la libertad de emisión con la libertad de escoger un abrigo de visón o de leopardo— «¡cuando la mayoría no tiene abrigo!» —la grimeaba don Eduardo—. Pero este Gobierno de nuestros pecados no está dispuesto a prescindir del monopolio de ese lujo.

Y sobre todo hay que temer que el portavoz del Gobierno crea firmemente en esa ridiculez totalitaria de «planificar la riqueza cultural española».

Resulta que la personalidad cultural e histórica de España estaba salvaguardada por Calviño y el «Un, dos, tres...», y nosotros sin enterarnos. Hemos de evitar caer en esa pobreza cultural de los Estados Unidos, el desgraciado país que produce, exporta y, en su ignorancia, es el primer consumidor de series como «Dallas» o «Dinastía», alienantes productos que no pueden compararse con la sobriedad y el vigor de «Las púercas» o «El mayorazgo de Labraz».

Nosotros, demócratas ignaros, creíamos hasta el viernes que la riqueza cultural española estaba basada en la libertad y en la creatividad de todos y cada uno de los individuos y grupos sociales de la nación. Creíamos —y creemos— que sólo la pluralidad creativa, la competencia y el plebiscito cotidiano del mercado garantizan el desarrollo y la supervivencia de una cultura con valor universal.

Pero no. No debe el lector sentirse identificado con estos argumentos «ultraliberales». Ya lo dijo el señor Calviño: «Libertad, ¿para quién?», actualizando así la célebre frase de Lenin a Fernando de los Ríos: «¿Libertad, para qué?»

La zorra

La libertad de emisión que reclamamos es, según Calviño, «la de la zorra en el gallinero». Esta forma insultante de intentar mantener sus espolones monopolistas está condenada al fracaso, porque ni España es un corral ni, de serlo, podría mantenerse mucho tiempo en él semejante capón disfrazado de gallo. La única zorrería lamentable en «lo de la tele» es intentar convencer a los españoles de que serán igualmente libres no cuando cualquiera pueda instalar su propia emisora en su pueblo o en su barrio, sino cuando pasen, uno por uno, por el despacho del señor Calviño, que examinará su capacidad creativa y cultural y les dará, o no les dará, oportunidad de salir al aire.

Las únicas garras peligrosas que pudimos ver el viernes por la noche fueron las de quienes se sienten legitimados para monopolizar el uso y el abuso de todos los recursos del Estado, al que consideran muy por encima de la sociedad, las empresas y los individuos. Es evidente que la zorra totalitaria se pasea por Prado del Rey. Lo que está por ver es si encontrará gallinas o un metafórico, plural, democrático y razonabilísimo garrotazo.